

Fernando Savater

# Política de urgencia

*Ariel*   
*bfs*

Título original en España: *¡No te prives!*

1.ª edición: septiembre de 2014

© 2014, Fernando Savater

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© 2014: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-1861-5

Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4320-1

ISBN 10: 958-42-4320-9

Primera edición (Colombia): febrero de 2015  
Impresión y encuadernación:  
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A los que no van a dejar que les condicionen  
o reduzcan su ciudadanía



«¡Adiós, ciudadanos!»

(Arthur, el maestro interpretado por Charles Laughton en *Esta tierra es mía* de Jean Renoir, despidiéndose de sus alumnos al ser detenido por los nazis.)



## PRÓLOGO

---

### HACIA UNA CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA AVANZADA

La ciudadanía democrática es el invento más audaz de la historia política. Ha habido imperios como el romano que han reconocido derechos ciudadanos (según parece Pablo de Tarso los invocó a la hora del martirio exigiendo ser decapitado pero no torturado en la cruz como San Pedro), aunque no incluían la participación política. En Atenas no compartían la ciudadanía las mujeres, que en ningún país la han alcanzado plenamente en todas sus funciones hasta bien avanzado el siglo XX. En otros lugares se privó de ella a los que no pertenecían a determinadas etnias, o a los que no participaban en la religión mayoritaria o poseían cierto nivel de renta. De tal modo que a través de las épocas, el desarrollo y profundización de la democracia ha consistido en ir ampliando siempre el concepto de la ciudadanía, es decir la titularidad de derechos y deberes políticos, hasta lograr desligarlo de rasgos identitarios de clase, sexo, raza, religión o ideología para referirlo exclusivamente a la aceptación de la ley constitucional del Estado de Derecho. Finalmente, ser ciudadano es obtener la licencia formal de poder ser distinto a cualquiera dentro de la ley o semejante a quien se prefiera como modelo, gozando en ambos casos sin discriminación de todas las prestaciones sociales.

Pero en nuestros días la ciudadanía parece de nuevo en entredicho por el peso de poderes económicos multinacionales que condicionan según nociones de rentabilidad el alcance de la libertad política y de la protección social. Prestaciones tan esenciales como la educación o la sanidad pública se ven comprometidos por criterios que nada tienen que ver con los derechos civiles y políticos, sino con el cálculo de costes y beneficios. En democracias a la defensiva se regresa entonces a condicionar la ciudadanía según requisitos de pertenencia nacional o hasta de ortodoxia religiosa: desde las instituciones se nos insta a ser patriotas, clientes, consumidores o feligreses pero se desconfía de quienes quieren ser ante todo ciudadanos, sin condicionamientos previos ideológicos o genealógicos. En reacción dolorosamente oportunista a estas exclusiones identitarias proliferan los movimientos que se desvinculan de la representación política estatal y siguen a voceros demagógicos que invocan al “pueblo” o “la calle” como formas de democracia infalible e inmediata, sin cortapisas legales ni garantías individuales. En las últimas elecciones europeas se han visto rebrotar partidos agresivamente nacionalistas, que convierten identidades culturales más o menos mitológicas en condicionantes de la ciudadanía y a veces en pretexto para intentar declarar a parte de sus vecinos en extranjeros en su propio país. Y surgen también, tanto en Europa como en América, caciquismos populistas que alientan a tomarse la revancha contra los hoy privilegiados en lugar de institucionalizar fórmulas legalmente eficaces contra la exclusión y la desigualdad.

Este libro pretende explicar en qué consiste la ciudadanía democrática avanzada, cual es la riqueza de libertad que encierra y con qué enemigos debe hoy enfrentarse. Porque para poder defender eficazmente la ciudadanía hay que conocer su



naturaleza, tanto en su fuerza como en sus puntos vulnerables. Los textos que componen la obra están centrados en la problemática española, pero también creo que aportan ejemplos y conflictos que pueden servir para entender lo que ocurre o puede llegar a ocurrir en otras latitudes. La parte histórica e incluso anecdótica de este libro es irremediabilmente local, pero se apoya en una concepción teórica cuyo alcance pretende trascender los límites geográficos o geopolíticos. En cualquier caso, esta edición para Hispanoamérica pretende ayudar a los ciudadanos de esos países que tanto se nos parecen a no repetir los trágicos errores que apuntan en la España y la Europa actuales.

Baltimore, septiembre de 2014



## PARA ABRIR BOCA

---

### PECES PILOTO ENTRE TIBURONES

El filósofo trascendentalista Ralph Waldo Emerson, pensador de cabecera de Abraham Lincoln, era un afamado conferenciante en una época en la que esta elocuente especie no abundaba tanto como ahora. En cierta ocasión, después de una de sus homilías, le informaron de que en el auditorio se encontraba una mujer de condición humilde, vendedora de fruta en el mercado o algo así, que nunca dejaba de asistir a esos eventos y hasta hacía sacrificios para ir a escucharle en ciudades cercanas. Democráticamente conmovido, el sabio de Concord quiso saludar a la buena señora. «Me han dicho que suele asistir a mis conferencias», le dijo benévolo y ella repuso: «¡Oh, sí, no me pierdo ninguna!». «Veo, señora mía, que es usted aficionada a la filosofía.» «¡No, por Dios, yo no entiendo nada de esas cosas! Todo lo que usted dice es demasiado elevado para mí.» «Pues, entonces, no veo por qué...», comentó el desconcertado gran hombre. Y ella concluyó, gozosa: «Es que me gusta oírle porque nos habla como si todos fuésemos inteligentes».

En efecto, ésa es precisamente la función específica del intelectual: tratar a los demás como si también fuesen intelectuales. Es decir, no intentar hipnotizarles, intimidarles o

seducirles sino despertar en ellos el mecanismo de la inteligencia que sopesa, evalúa y comprende. Hay que partir de la premisa socrática de que todo el mundo se revela inteligente cuando se le trata como si lo fuera. ¿Es compatible esa función con el oficio de los políticos? Porque éstos más bien suelen regirse por el cínico principio establecido por el novelista Frédéric Beigbeder (que no en vano empezó su carrera como publicitario): «No hay que tratar al público como si fuera imbécil ni olvidar nunca que lo es». Salta a la vista que son planteamientos opuestos. Lo malo es que el primero exige un esfuerzo de los interlocutores, atención, reflexión y tanteos dubitativos, mientras que el segundo halaga emociones primarias de entusiasmo o revancha, convierte el pensamiento crítico en sátira o maledicencia, y los problemas sociales en escándalos notorios. Si repasan ustedes las tertulias políticas de nuestras radios y televisiones, es fácil ver quién se lleva el gato al agua...

Si juzgase por mi propio caso, debería decir que los intelectuales están negados por exceso de recelo mental para la gestión de los asuntos públicos. Pero sería injusto, porque talentos mayores como Marco Aurelio o Massimo Cacciari se las arreglaron con notable competencia al frente del Imperio romano o de la alcaldía de Venecia. De hecho, el progreso de la fórmula democrática ha ido haciendo el Estado cada vez más abstracto, es decir, más necesitado de comprensión educada y reflexiva: primero se basó en la religión obligatoria y el derecho divino de los monarcas, luego en el culto a la identidad nacional como religión civil, ahora más bien en las leyes constitucionales basadas en derechos humanos. Por supuesto, todavía vuelven a la carga periódicamente los partidarios de las fórmulas atávicas, que por emotivas son más fácilmente asumibles desde la ignorancia (el populismo, ya saben, esa

democracia para perezosos mentales) y por tanto son más necesarios que nunca, si no los intelectuales en política, por lo menos el *ethos* intelectual en el discurso público y social. Sin embargo, la lección de la experiencia a menudo es negativa en lo personal, y los intelectuales honrados que yo conozco han vuelto siempre, como el pionero Platón, cariacontecidos de Siracusa...



**PRIMERA PARTE**

---

**Ciudadanos sin remedio**





## Ciudadanía fraccionada

En una de sus cartas, Voltaire asegura que los humanos tenemos un número determinado de dientes, cabellos e ideas que con los años vamos perdiendo paulatinamente hasta quedar reducidos al despojado modelo que la vejez presenta al público. Puedo dar fe personal de ese desguace, pero no todos sus registros me parecen igualmente deplorables. En concreto el adelgazamiento de la provisión ideológica tiene bastante de beneficioso. La experiencia demuestra que rebosar de ideas no es señal de gran inteligencia sino más bien de lo contrario: los sabios las someten al mismo régimen que las juergas y se permiten muy pocas. A quienes no lo somos, nos viene bien que el tiempo nos desbroce de la excesiva facundia, sobre todo en lo político. A mí me ha dejado reducido al ideal socialdemócrata y poco más. Ya sé que el término les suena peyorativo y anticuado a amigos a los que intelectualmente aprecio, porque les recuerda la propaganda ineficaz o nociva de ciertos socialistas al hispánico modo, pero a mi juicio equivale al sentido común (un punto escéptico) aplicado a la gestión de lo común. Aún más, creo que se trata ni más ni menos de lo que George Orwell (a quien por cierto ahora algunos, a propósito de Snowden, confunden con Mercedes Milá) llamaba *common decency*, la decencia corriente en lo que toca a lo común.

Ahora estamos viendo que la socialdemocracia, con su combinación cívica de derechos y deberes, su énfasis en la defensa de un espacio vital y unos servicios públicos no sometidos a la mera regulación comercial y su principio de que toda riqueza es social y por tanto debe ser socialmente responsable, no es una aspiración política facilona ni aburridamente modesta como algunos han podido suponer. Aún menos, desde luego, una suerte de totalitarismo *light* que marchita o proscriba la excelencia individual. Más bien se trata del auténtico esfuerzo revolucionario de la era contemporánea, contra la que han ido creciendo obstáculos institucionales y económicos que revelan el fondo subversivo de sus aparentemente sosegadas propuestas. Lo que parecía un ideal domesticado se ha convertido por la zapa de intereses reaccionarios en casi una utopía. En efecto, la socialdemocracia nunca ha pedido el sol a media noche, sino una red de alumbrado público eficaz cuando se pone oscuro. Eso la enfrenta por igual a quienes claman que debemos resignarnos a las tinieblas pues son naturales (salvo para los héroes capaces de conseguir su propia linterna) y a los que recomiendan apedrear las pocas farolas que pueda haber y exigir el amanecer ya o nada.

En el fondo, los movimientos ciudadanos como el 15-M y derivados, aunque peraltados en ocasiones por declamaciones radicales de hoja caduca (véase el párrafo primero de este artículo), lo que coinciden en exigir es la recuperación de los puntos perdidos o jibarizados del ideario socialdemócrata. Zarandeados por una crisis que exige reformas de calado pero también se presta a servir de coartada a retrocesos anti-igualitarios, los más adormecidos han cobrado conciencia de que el llamado Estado del bienestar no tiene piloto automático y que nada socialmente bueno está garantizado para

siempre si sus beneficiarios no quieren o no saben empeñarse políticamente en conservarlo y actualizarlo. Se nos ha dicho que no sólo los ciudadanos de a pie padecen la tormenta actual sino también grandes inversores, entidades bancarias y hasta gobiernos, nacionales o regionales, para cuya recuperación debemos consentir en sacrificios... por nuestro bien. Pero aunque puede que, lo queramos o no, los problemas de los poderosos sean nuestros problemas, «lo que es seguro es que sus soluciones no son nuestras soluciones». Tomo la cita del muy sugestivo y didáctico libro que ha dedicado Félix Ovejero a la teoría de la democracia a partir del 15-M: *¿Idiotas o ciudadanos?* (Editorial Montesinos, 2013). Un oportuno prontuario de cómo mantener y poner al día las reivindicaciones de la socialdemocracia en la estación poco propicia, sin abandonismo resignado ni autocomplacencia.

A mi juicio, lo primero que hay que recobrar es la dimensión política de cada uno y todos en la palestra democrática. Ser político en el sentido auténtico del término, no en el insultante y pueril, es preferir enmendar errores a linchar culpables. Para ello no basta con tener claros los legítimos intereses particulares sino buscar la forma de encuadrarlos y defenderlos en el conjunto de todos los afanes sociales, que también debemos considerar como propios para no fraccionar nuestra ciudadanía. Una de las exigencias más repetidas, sea con honesto fervor o por rutina demagógica, es que los políticos que ocupan cargos representativos deben salir de sus despachos y acercarse más a los problemas de la gente; pero, puesto que esa gente también está formada por políticos y no por idiotas aislados en sus reclamaciones, no menos oportuno sería que cada cual intentase imaginarse en el despacho del representante de turno, teniendo que armonizar

demandas y urgencias contrapuestas. No vale monopolizar en provecho propio, aun legítimo, la voz del pueblo, porque ésta rara vez suena con la unanimidad del orfeón. «La argumentación pública obliga a mostrar que, en algún sentido, las tesis defendidas se corresponden con principios generalmente aceptables, de interés general, y con la realidad del mundo» (F. Ovejero, *op. cit.*).

En España, el peor sabotaje al uso racional de la ciudadanía es el separatismo bravo o manso que se ha generalizado. Este último, el separatismo de los no separatistas, es el más extendido y por tanto el más dañino. Esa buena gente que sólo se siente unida al resto de sus compatriotas cuando hay un accidente trágico o un triunfo deportivo, nunca en la gestión política. En las peores épocas del terrorismo, oíamos decir a gente bienintencionada (creo yo): «Eso es algo que tenéis que resolver los propios vascos». Y hoy se discute si el derecho a decidir en Cataluña es legal o ilegal, pero pocos mencionan que excluye antidemocráticamente de la decisión al resto de los españoles de cuyo país forma parte Cataluña. Es el patriotismo de la vaca que ríe: cada región una porción separada envuelta en su papel de plata, que comparten la misma cajita pero se comen por separado. Y eso en el mejor de los casos... Defender los derechos de lo común a todos (por ejemplo, la lengua y el derecho a ser educados en ella) es una agresión a idiosincrasias sacrosantas, a veces de cuño reciente. El lenguaje políticamente correcto decreta que «euskaldunizar», «catalanizar» o «descentralizar» pueden llevar a abusos, pero son términos aceptables; en cambio «españolizar» o «recentralizar» son voces reaccionarias en sí mismas, incluso fascistas. Los políticos antiseparatistas, si quieren ser gente *progre*, serán vasquistas, catalanistas o galleguistas y proclamarán que ya no tiene sentido

reivindicar la nacionalidad estatal, pasada de moda. Y ni siquiera se puede culpar de este fraccionamiento a los nacionalistas, lo mismo que no llamamos «ladrón» a quien entra en una casa de puertas abiertas y se lleva algo precioso que nadie protege ni reclama como suyo. ¡Qué difícil es que los ciudadanos puedan luchar eficazmente por actualizar el proyecto socialdemócrata en estas condiciones!



